

INAUGURACION V CONGRESO LATINOAMERICANO  
"ESPIRITU EMPRENDEDOR"  
CENTRO DE EXTENSION, ABRIL 25 DE 1991

---

Asistimos en este Congreso a una nueva muestra de un doble vínculo. La Universidad vinculada al desarrollo, y este al espíritu de empresa. Estas asociaciones que parecen de suyo evidentes hoy día, parecían no hace mucho cuestionables e inciertas. Su afianzamiento es motivo de gran satisfacción porque él marca una dirección del progreso humano que abre nuevas y amplias perspectivas.

El desarrollo del que estamos hablando, comprende ciertamente el desarrollo económico, el aumento de la riqueza, pero es muchísimo más que eso solo. En realidad el desarrollo constituye una de los rasgos distintivos de la cultura contemporánea. Se lo debe mirar como un fenómeno cultural de la mayor importancia. Y esto le da un sitio relevante en la reflexión de una universidad.

Un ejemplo puede servir para aclarar lo que quiero decir con esto. Para el hombre de hoy, su propio progreso, su avance, su desarrollo en fin, le aparece como un derecho. Ese derecho no le puede ser negado sin que él sienta que se le hace una injusticia grave. Esta convicción se halla tan arraigada que uno podría imaginarse que ella debe haber estado siempre presente. Pero cualquier mirada a la historia de las mentalidades, muestra claramente que esa noción de que el desarrollo es una legítima aspiración de todo hombre, y que todo hombre y toda mujer tienen derecho a procurárselo, esa noción tan obvia hoy día, es sin embargo nueva en la historia. No habría tenido sentido en las sociedades tradicionales, y ni siquiera podría decirse que estaba vigente en el apogeo de la revolución industrial.

Ni siquiera la idea del progreso indefinido, postulado filosófico que llegó a estar muy en boga, pudo alcanzar esta general aceptación, según la cual el hombre contemporáneo ha incorporado al desarrollo como una parte necesaria de su destino.

Uno diría hoy que todos los hombres y mujeres se sienten llamados a progresar, personal y colectivamente, en lo material y en lo espiritual y cifran en esa posibilidad de progreso, una de las muestras más claras de la dignidad de la condición humana.

Pero si el desarrollo se ha hecho parte de nuestra cultura, es precisamente porque él no se puede limitar a lo estrictamente material. El "tener" más, aparece de modo cada vez más claro como una condición necesaria para "ser" más; e incluso, una conciencia ética rectamente formada, percibirá claramente que cuando el "tener" más, deja de ser un medio para "ser" más, y se transforma por el contrario en una manera de sofocar la expansión del espíritu humano, o bien como una prisión para él, o al contrario como un camino de evasión, entonces ese mismo "tener" más, deja de ser algo deseable y se transforma en un peligro para la vida personal y la vida social. Todos tenemos clara conciencia de que hay flagelos sociales que atormentan a la humanidad contemporánea y que se pueden relacionar en alguna forma con el hecho de que se dan individuos y grupos sociales que "tienen" más que lo que son capaces de usar en forma creativa.

Porque el concepto clave es este, el de creación. Un desarrollo auténtico, "desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres", como decía Pablo VI, es un desarrollo de esa condición básica del hombre que es la de innovar, la de establecer relaciones inesperadas entre las cosas que lo circundan y de llamar así a la existencia a entes que no se sospechaban. Nosotros los cristianos sabemos que esa admiración espontánea que se despierta ante la acción creativa de los

hombres y mujeres, obedece a una razón muy fundamental, y es que fuimos creados a imagen y semejanza del Creador, y que estamos entonces desde nuestro propio origen, llamados a crear, a innovar, a establecer nuevas configuraciones, a lo que en la vida de la sociedad podemos llamar progresar o desarrollarnos.

Para una Universidad Católica, la creatividad del hombre es pues la impronta que puso en él la mano del Creador. Y eso exige que esa creatividad busque las líneas marcadas por la creación de Dios, y singularmente la del servicio a todos los hombres, y muy particularmente la de este servicio especial que es el de despertar o suscitar en ellos sus propias potencialidades creativas. El desarrollo conlleva entonces, obligaciones morales tanto en su finalidad como en los caminos que sigue y los modos que ha de adoptar. Así entendido, el desarrollo es una obligación humana irrenunciable, como nos lo recuerda Juan Pablo II en *Sollicitudo Rei Socialis*.

Dice el Papa: "Es lógico concluir, al menos para quienes creen en la Palabra de Dios que el "desarrollo" actual debe ser considerado como un momento de la historia iniciada en la creación y constantemente puesta en peligro por la infidelidad a la voluntad del Creador, sobre todo por la tentación de la idolatría. Quien quisiera renunciar a la tarea difícil, pero exaltante de elevar la suerte de todo el hombre y de todos los hombres, bajo el pretexto del peso de la lucha y del esfuerzo incesante de superación, o incluso por la experiencia de la derrota y del retorno al punto de partida, faltaría a la voluntad del Dios Creador".

Ocurre entonces que nuestra cultura contemporánea, tan cargada de fallas y distorsiones, y a veces tan menospreciada, tiene el mérito indudable de haber levantado para que todos lo puedan ver, este rasgo fundamental de la existencia humana, que es su creatividad.

Pero es aquí donde se hace evidente el segundo género de vínculo que mencionaba al comienzo. Uno de ellas era entre cultura y desarrollo. El otro, entre empresa y desarrollo. Porque el desarrollo es obra de las personas, es fruto de la creatividad de los hombres, no de su alineamiento servil o programado. El desarrollo verdadero del hombre debe ser algo que el hombre libremente acometa, libremente intente, en lo que juegue su tiempo, su esfuerzo, su vida, en lo que conozca el riesgo y la aventura. El verdadero desarrollo es inseparable de la empresa. Y por eso en la misma Encíclica, el Papa menciona a la iniciativa económica como un derecho "un derecho importante no sólo para el individuo en particular sino además para el bien común". Sólo una visión muy distorsionada de las cosas pudo hacer que la empresa fuera mirada primariamente como una forma de satisfacer el egoísmo, cuando ella es tan evidentemente una de las maneras de construir el destino de la humanidad.

La empresa es acción del hombre. La creación humana no es una creación a partir de la nada como lo es la de Dios. Por eso ella supone un trabajar, un elaborar una materia, para ponerla al servicio de todos. Porque la empresa es una forma de transformar la realidad, tiene que tener en nuestro tiempo una estrecha vinculación con técnica y la ciencia. Y eso le da a su estudio un sitio claro y preferente en la universidad.

Pero eso no la convierte en una simple rama técnica. En la verdadera empresa está comprometida la misma existencia humana, con lo que ella tiene de aceptación del desafío, del riesgo, de la oportunidad. La empresa usa de la técnica, pero ella es en sí una expresión del hombre mismo.

Justamente por eso, la empresa está al servicio del bien común. Y ello no sólo porque sus productos, sus resultados, sus frutos, sean útiles o buenos, sino

porque su propia existencia mantiene la vitalidad de todo el cuerpo social y es en consecuencia necesaria para que se mantenga la salud de la sociedad humana.

Esto vale de la empresa pequeña y de la grande, de las más audaces y de las más cautelosas, de las familiares, de las individuales como de las que son realizadas por sociedades, etc. La condición humana es emprender, y esto se hace completamente evidente a estas alturas del siglo en que entendemos que sin empresa libre no hay progreso social, no hay desarrollo, y que donde no hay desarrollo, hay una injusticia sentida por los hombres y no hay paz porque el desarrollo es en nuestro tiempo "el nuevo nombre de la paz".

Cuando se cuestiona a la empresa y se encuentran en la realidad concreta muchísimos aspectos criticables, de exceso de egoísmo, de desdén por el hombre, por el medio ambiente, etc., y cuando esos defectos parecen intolerables y parecen lesionar la conciencia social, ello ocurre precisamente porque son defectos injertados sobre una actividad que es de suyo noble, de suyo profundamente humana, y porque los vicios en que puedan incurrir los hombres al ejercerla, deforman y distorsionan el rostro mismo del hombre como imagen del Dios creador.

Por eso es importante entender que un auténtico desarrollo basado en el espíritu empresarial, supone la compenetración con normas morales exigentes, necesita de un profundo espíritu de servicio y de solidaridad. No debemos caer nunca en la engañosa ilusión de que hay una especie de receta que garantice el progreso y la felicidad de la sociedad humana. Nos podemos acercar a esos ideales en la medida en que queramos hacer verdadera la semejanza de nuestra obra creadora con la obra creadora de Dios, y en que queramos servir como El nos ha servido a nosotros.

Si queremos un desarrollo auténticamente humano, estamos llamados a fomentar y a promover este espíritu de empresa, a empaparlo del espíritu científico que es la marca de la acción humana en nuestro tiempo, y a penetrarlo con una profunda preocupación ética y moral, que es lo que hace que las acciones humanas se hagan para la dignidad humana. La presencia de la Universidad Católica en este Encuentro quiere dar un testimonio de que vemos en esta línea que aquí se acomete un esfuerzo auténtico en la construcción de una nueva sociedad.